

Quinto tema de formación para los novicios seculares de Jesús Obrero

5º Fray Jordán de Sajonia

Segundo maestro general de la Orden



En el verano de 1221 moría Santo Domingo a sus cincuenta años en Bolonia, dejando ya la Orden en marcha y formuladas ya sus principales intuiciones. En el capítulo general del año siguiente, celebrado en París, es elegido sucesor y maestro general un joven alemán de treinta años, que apenas llevaba dos años en la Orden. El corazón de Domingo había intuido la valía de este hombre y, aunque habían convivido muy poco, se conocieron a fondo. Los frailes capitulares sospecharon esta predilección de Domingo y lo

eligieron como su sucesor. Entonces todo era nuevo y sencillo; no se necesitaban muchos años porque creían todos en la novedad del Espíritu. Por eso es seguro que los frailes al elegirlo no sospechaban el acierto con que estaban actuando.

Una herencia entrañable que Domingo legó a Jordán fue la amistad y la dirección espiritual de una chica boloñesa, Diana, más tarde dominica y priora del convento de Santa Inés, de la misma ciudad. Dice Fray Jordán

a Diana: *“El tiempo del que dispongo ahora es demasiado corto para escribirte, como desearía, una de esas largas cartas que te gustan. Sin embargo, te escribo y te mando la Palabra abreviada, hecha pequeño en el pesebre, que se encarnó por nosotros: Palabra de salvación y de gracia, Palabra de dulzura y de gloria, Palabra muy suave y muy buena, Jesucristo, y a éste crucificado, exaltado en la cruz y elevado a la derecha de Dios Padre, al que elevas y por quien elevas tu alma. Esa es la Palabra que debes releer en tu corazón y repasar en tu espíritu; debes guardar su dulzura en tu boca como la miel. Esa es la Palabra en la que hay que meditar continuamente, sin dejar a tus pensamientos dar vueltas”¹.*

Jordán llama con estas palabras suavemente la atención a Diana. Se quieren, son grandes amigos, tienen una vida muy distinta: la una tiene mucho tiempo y el otro muy poco. Él, sin renegar de su amistad, le invita a lo esencial. Sabemos que ella también está en lo esencial pero necesitan recordárselo mutuamente. Todos los grandes amigos y, si se trata de varón y mujer más, necesitan recordarse esto con cierta frecuencia. Una gran amistad sólo llega a su plenitud en el don, es decir, en una experiencia viva de Jesucristo. Eso es lo esencial. Sabéis, por el libro de Santo Domingo², que ambos mantuvieron una surtida correspondencia. Las cartas de Jordán, Diana las conservó; de las de ella, no se conserva ninguna. Tal vez se hundieron en el mar cuando Jordán encontró la muerte en un naufragio cerca de las costas de Siria.



¹ Carta 31

² La lectura del libro sobre Santo Domingo de Guzmán, escrito por mí mismo y publicado por Edibesa, la doy por supuesta para entender estos temas y no tener que repetir cuestiones ya tratadas, como por ejemplo, la amistad entre Diana y Fray Jordán.

Lo que más nos interesa ahora es la espiritualidad que tenía esta pareja en los mismos comienzos de la Orden. Descubriendo lo esencial, que es Jesucristo, todo lo demás viene por añadidura. Espiritualidad cristocéntrica. Si en sus cartas hablaran del amor, de la oración, de la unidad, de la penitencia, del comportamiento, del cumplimiento de las leyes o de cualquier otro tema, serían personajes convencionales, poco simpáticos. No podrían caer tan bien como nos caen. Nos caen bien porque hoy se vive entre nosotros esa misma espiritualidad cristocéntrica. La de hoy es más encarnada todavía porque se pone el acento mucho más en la humanidad de Jesucristo. El mundo de hoy ve claro que, o nos salvamos en el cuerpo de carne humana de Cristo, o no hay salvación; la fe pasaría a ser una abstracción. Actualmente necesitamos sentir más la gratuidad de esa salvación.

Hablar de Cristo es estar cerca del hombre, de sus pobreza, de sus miserias y sufrimientos, de sus amores y alegrías, de su pecado, de sus esperanzas. Sólo Cristo puede asumirlas y dadas vida y explicación en su resurrección y en su muerte. Esto lo hace mediante el Espíritu Santo que a través de Cristo actúa en nosotros. Todo viene de arriba; él nos amó primero, nos miró en nuestro pecado y miseria. Hablar, pues, de Cristo es sentir su misericordia para nosotros y para los demás, es entrar en la



comunidad del Espíritu, en el amor, en la comunidad. Dice Jordán a Diana: *“Entra en la alegría de tu Maestro, por medio de la Orden a la que pertenecemos”*³. Suele decirse que, en cifras aproximadas, el Maestro Jordán suscitó más de mil vocaciones para la Orden y les dio, incluso, el hábito. A Diana le cuenta muchas cosas de éstas en sus cartas. No es nada extraño. Desde un corazón tan humano y tan humanizado por Cristo, no es sorprendente que en sus predicaciones llegara hondamente al corazón de los jóvenes universitarios.

³ Carta 11

Su dedicación preferente en París, sobre todo al principio, fueron los estudiantes y profesores de la Universidad. Solía tener conferencias por las mañanas y, a veces, dos al día. Sus sermones eran como un encuentro festivo para los jóvenes y maestros. También en Bolonia, segunda ciudad y universidad por él preferidas, sembró la semilla de la vocación en mucha gente. Tan notoria era la fuerza de su predicación que los frailes, cuando iniciaba las conferencias cuaresmales, preparaban túnicas y capas para los nuevos novicios que pronto iban a llegar. El libro de las *Vidas de los hermanos*, se permite incluso decir que, en ocasiones, no fueron suficientes los hábitos preparados. No es incomprensible que los padres de los chicos, las universidades y también algunos frailes protestaran ante semejante movida. Para los frailes era difícilmente asumible el aluvión de gente que se les venía encima y la rapidez con que entraban.



Mortier, el famoso historiador de los principios de la Orden, dice de Jordán: *“Poseía virtudes arraigadas que imponían respeto y otorgaban confianza: austeridad de vida, integridad de costumbres, rectitud de corazón y olvido heroico de sí mismo. Y sobre esa robustez de alma, la Providencia había arrojado a manos llenas la semilla más rica de amables atractivos. Su palabra era graciosa, vivaz, penetrante, deslumbrante como el rayo, y él sabía dirigirla como mano de artista al objetivo que se había propuesto. Era además, afable en su acogida, de maneras dulces, siempre de buen humor, muchas veces jovial... Era el predicador ideal, el prototipo de fraile dominico*⁴.

⁴ Mortier, *Histoire des Maîtres Généraux*, t. I, p. 143

Este Jordán que había de ser sucesor directo de Santo Domingo y segundo padre de la Orden de Predicadores, nació en Alemania, en Sajonia. Muy adentro del actual mapa alemán, camino de Praga. No sabemos la fecha de su nacimiento pero por diversos cálculos podemos colegir que fue hacia 1190, es decir, veinte años después de que Santo Domingo viera la luz. A sus 20 años ya estaba inmerso en la vida estudiantil parisina. Inmerso en todos los sentidos, porque a pesar de su buen natural estaba muy dotado para la jovialidad, juergas y correrías de los estudiantes. Máxime cuando las fronteras de los pueblos en aquellas épocas estaban muy deslindadas y no habían nacido aún las rígidas y encontradas nacionalidades de los siglos posteriores. Cualquier europeo se sentía en casa en cualquiera de los lugares. Es cierto que ya estaban formadas las lenguas vernáculas de cada país pero el latín era todavía un medio potente de comunicación.

Comenzó estudiando, como de ordinario, cursos de filosofía que completó con Matemáticas y Geometría. Llegó a escribir dos pequeños tratados de Geometría. A esto siguió el estudio de bellas artes, incluida la gramática en la que se hizo experto. Coronó sus estudios con una dedicación plena a la Teología pues la vocación al sacerdocio siempre rondó por su corazón y su cabeza. Todos los testimonios coinciden en que sus estudios fueron muy brillantes.

En el caso de Jordán se repitió la historia de una gran amistad que unió en Atenas a San Basilio y a San Gregorio Nacianceno allá por el siglo IV. En efecto la amistad que unió a Jordán con un tal Enrique fue, como la de los dos santos, enormemente instructiva y fecunda para ambos. Lo cuenta el mismo Jordán:

“Había en París, un joven a quien yo amaba en Cristo, según creo, con afecto tan grande como no he prodigado a persona alguna. Se llamaba Enrique. Yo lo miraba como vaso de honor y de gracia. No recuerdo haber visto en este mundo criatura mejor dotada...

Enrique, nacido de buena familia, fue educado desde la infancia por un santo y religioso varón, canónigo de la Iglesia de Utrecht. Este hombre imbuía el tierno espíritu del adolescente en toda práctica virtuosa, haciéndole lavar los pies a los pobres, frecuentar los templos, aborrecer los vicios, despreciar los lujos y amar la pureza.

Con el correr de los años fue a París, donde se consagró al estudio de la teología mostrando gran agudeza de ingenio y una razón muy disciplinada. Se hospedó en la misma posada que yo y la convivencia nos estrechó en una suave y entrañable unión de corazones...⁵.

Resulta encantadora la ingenuidad y limpieza de este relato y de esta época. Hoy, si cuentas esta historia en un Instituto de segunda enseñanza, por la cabeza de muchos chicos pasará la idea de que eran gais drogados. La gente de ahora no tiene otra estructura referencial en la que poder encuadrar sus pensamientos. Para Jordán y Enrique, sin embargo, el tema de Dios era un ideal sublime al que aspiraban con toda limpieza y dinamizaba su amistad y cariño entrañable.



La malicia de ahora, en cambio, mata y mancha la sencillez de corazón desde la que se ve a Dios.

Después de nueve años de Universidad, Jordán ya era bachiller y subdiácono y preparaba su entrega definitiva a Cristo en el sacerdocio. En ese momento, un día del año 1219, se conocieron Domingo y Jordán. El fundador venía de visitar a sus frailes de España y después de pasar por Prulla y Tolosa llegó por primera vez a París. Al correrse la noticia, muchos estudiantes y profesores de la Universidad quisieron conocer a Santo Domingo, precedido de gran fama. Pronto tuvieron la ocasión de escuchar todas las tardes la palabra de fuego del santo Fundador. Uno de los que quedó cautivado por el entusiasmo de Domingo fue Jordán. Se rindió de tal manera que comenzó a confesarse asiduamente con el santo castellano. Seguro que a Domingo

⁵ Jordán de Sajonia, *Orígenes de la Orden*, 41 y 42

le bullía el corazón y estaría a punto muchas veces de invitarle a entrar en la Orden, pero no lo hizo. Respetó la obra que el Espíritu Santo estaba haciendo en él.

Domingo, según su costumbre, después de unos meses se ausentó de París camino de Bolonia para seguir visitando los conventos y los frailes. Todo era nuevo, recién fundado. La semilla estaba en yema y convenía fortalecerla y dirigirla bien desde el principio. No obstante, llevaba en el alma el recuerdo de París. Presintió mucho fruto que él no podía suscitar personalmente pero que había que cultivar. De ahí que nada más llegar a Bolonia destinó a París a un famoso predicador, Reginaldo de Orleans, que en ese momento era Prior de Bolonia. Este Reginaldo era muy conocido en la Universidad parisina pues había regentado allí años antes de entrar en la Orden la Cátedra de Derecho.

La presencia de Reginaldo en París causó sensación. Los grupos de jóvenes que escucharon a Domingo volvieron a repetir su experiencia con Reginaldo. La Iglesia y convento de Santiago se conmovieron. Este hombre fue igualmente otro de los predicadores de fuego del principio de la Orden. También con Reginaldo florecían las vocaciones. Por desgracia su apostolado en París sólo duró unos meses ya que la muerte se lo llevó muy pronto. Era el año 1220. Dos de los conquistados para la Orden por Reginaldo fueron Jordán y su amigo Enrique.

Jordán lo cuenta así:

Habiendo venido a París y predicado briosamente, el Maestro Reginaldo, de feliz memoria, sentí al escucharlo que me movía la gracia y en mi interior hice voto de abrazar esta Orden. Veía que a través de ella mi salvación estaba asegurada. Hecho esto mi mayor deseo era que mi íntimo amigo Enrique hiciera lo mismo. Le veía muy apto para la predicación. Sin embargo, él de momento rehusaba comprometerse.

Un día Enrique se levantó pronto aquejado de un ímpetu fervoroso y se fue sin decirme nada donde Fray Reginaldo y le expresó su deseo de entrar en la Orden. Al volver le pregunté dónde había ido y me contestó: “Hice voto al Señor de entrar en la Orden y lo cumpliré”. Vivimos días de emoción aunque diferimos la entrada hasta

que llegara la cuaresma conquistando entre tanto a otro amigo y compañero, Fray León⁶.

Estas preciosas historias parecen arrancadas de un libro de Florecillas. Así designaron los franciscanos a los relatos parecidos que ornaron sus primeros años fundacionales. Los dominicos, menos melosos, titularon sus piadosas historietas bajo el sobrio epígrafe de “Vida de los Hermanos”. En ambas Órdenes estos sucesos, muy típicos de la tradición oral, fueron escritos ya con la perspectiva de bastantes años. El libro franciscano de Las Florecillas no se puede tomar como un libro histórico tal como hoy se entiende. En primer lugar es muy tardío; más de un siglo después de la muerte de San Francisco. Sin embargo, el franciscanismo no se podría entender sin ese libro. Son hechos poetizados, pero un género literario forma de ser, un estilo de vida. Con todo, si por historia dinámica de una época o de una institución, con todos los factores que la impulsan y la definen, no temo afirmar que las *Florecillas* encierran unos valores profundamente históricos; sin ellas, la historia de la primera centuria franciscana quedaría incompleta, porque no sería posible percibir el secreto del enorme influjo franciscano en la Iglesia y en la sociedad. El hecho franciscano no se ciñe a una regla ni a una orden; es un estilo del ser y del vivir que se capta en los personajes bien caracterizados de las *Florecillas*. Por lo demás, también la leyenda, como producto y expresión de los ideales vividos por una generación, es verdadera historia⁷.



⁶ Cfr. *Orígenes de la Orden*, 44 y 45

⁷ Cfr. *Florecillas*, Introducción. BAC 399 .Madrid, 1998, 7ª edición, págs. 795-930.

La “Vida de los hermanos” dominicana tampoco es un libro histórico según la concepción actual. No obstante se acerca mucho más a lo que entendemos hoy por historia. En primer lugar es mucho más temprano. Cuarenta años después de morir Santo Domingo ya estaba acabado, con lo que no hubo tiempo para grandes idealizaciones poéticas y, en segundo lugar, está muy ceñido a una cronología concreta y datable. En los Dominicos fue un tal Gerardo de Frachet el que hizo el resumen de lo que las diversas provincias iban mandando, por orden del capítulo general de 1256, para que no se perdieran en el olvido. Fray Gerardo compiló en tres años todos los datos recogidos y los presentó al capítulo general de 1260 celebrado en Estrasburgo⁸.

Hablando del beato Jordán cuenta muchas cosas del siguiente estilo:

Capítulo VIII. De los panes multiplicados y entregados a los pobres

Dirigiéndose una vez Fray Jordán de Lombardía a Alemania llegó a una población llamada Urserental, situada en los Alpes. Llevaba consigo dos frailes y un clérigo secular, que después se hizo fraile. Era un territorio despoblado. Dirigiéndose, cansados y famélicos, a una taberna le rogaron al tabernero, de nombre Unthar, que les preparase comida. “Sólo me quedan dos panes, les respondió, y los guardo para mi familia. Ha pasado hoy mucha gente por aquí”. “No te preocupes, carísimo, le respondió Jordán, ponnos esos dos panes a nosotros”. El maestro Jordán bendijo los panes y, hete aquí, que empezaron a entrar pobres. Jordán comenzó a repartir los panes a los pobres. El hospedero y los frailes grandemente turbados le dijeron “¿Qué haces, Señor, no sabes que no puede encontrarse pan? El hospedero cerró corriendo la puerta para que no entraran los pobres. Jordán le mandó que la abriera otra vez y siguió repartiendo el pan. Cuando no hubo más pobres comieron ellos cuatro hasta saciarse. Sobró tanto pan que

⁸ Todos los escritos referentes al principio de la Orden pueden consultarse en un grueso volumen publicado en 2011 por el P. Vito-Tomás Gómez García, Edibesa, Madrid, 1191 páginas

la familia del hospedero tuvo más que suficiente. El Tabernero, al ver el milagro, dijo: “Verdaderamente este hombre es un santo”. Y no quiso cobrarles el importe de la comida.

Otra muestra del mismo libro que nos esclarece sobre la manera de ser de Fray Jordán:

En cierta ocasión fue desde Lausana a visitar al obispo que se hallaba en las cercanías. Eran muy amigos. Le precedían varios frailes mientras él hablaba sobre Jesucristo con el sacristán de Lausana. De repente atravesó el camino una comadreja delante de los primeros guareciéndose en su cuevita. Los fraile se pararon. Cuando llegó el maestro preguntó. “Es que se ha escondido en esa madriguera un hermosísimo y blanquísimo animalito”. Entonces el maestro inclinándose hacia la hura dijo: “Sal, hermosa bestezuela, que te queremos ver”. Y, al punto, salió a la boca del agujero y se quedó mirando fijamente al maestro. Éste, sosteniéndole las patas anteriores con una mano, con la otra le acariciaba la cabeza y el dorso. La comadreja estaba feliz. El maestro le dijo: “Puedes volver a entrar y bendito sea el Señor, tu Creador”. Al punto el animal se ocultó en la cueva.

Finalmente para llegar al fondo de su sensibilidad afectiva no puedo dejar de citar la descripción que el propio Jordán hizo de la muerte de Enrique, su amigo del alma. La escribió nada menos que en su obra principal titulada “Orígenes de la Orden”. En ella describe y nos cuenta gran parte de lo que sabemos de Santo Domingo. Tuvo esa intuición para que no desapareciera la memoria del santo fundador y quedaran así huérfanas, como sin padre, las generaciones futuras. San Bernardo ya había hecho lo mismo. En medio de su gran comentario al Cantar de los Cantares inserta todo un largo capítulo, el 26, que se titula: “Llanto de Bernardo por la muerte de su hermano Gerardo”.



Fray Enrique, mi amigo y hermano entrañable, gozó de admirables gracias en bien del clero de París. Su palabra era viva y eficaz y penetraba con mucha fuerza en el corazón del

auditorio. Nunca se había visto antes en París un predicador al que acudiera a escuchar todo el clero, un predicador tan joven, de tal facilidad de palabra y tan agraciado en todos los aspectos.

En este vaso de elección Dios multiplicó muchas de sus gracias. Era pronto en la obediencia, constante en la paciencia, apacible y benigno en el trato, agradable por su alegría, superabundante en caridad. Brillaba por la honestidad de su conducta, sinceridad de corazón e integridad virginal de su cuerpo. Su palabra estaba impregnada de modestia, su hablar era fluido, agudo de ingenio, agraciado en el rostro, hermosa toda su persona. Tenía habilidad para escribir, pericia para dictar, y una voz melodiosa como de ángel. Siempre ecuánime, siempre alegre. Se introducía con tanta facilidad en el corazón de todos que si lo tratabas un poco parecía que te estimaba más que a ningún otro. De nada de esto se enorgullecía, sin embargo, puesto que había aprendido de Cristo a ser manso y humilde de corazón.

Fue enviado en calidad de prior a Colonia. Todavía proclama hoy la ciudad, cuán copiosas y abundantes gavillas de almas cosechó para Cristo entre las vírgenes, viudas y pecadores arrepentidos. Era muy devoto del nombre de Jesús y se lo inculcaba a todos. De tal modo que para muchas personas que lo oyeron, la mención del nombre de Jesús les trae el recuerdo y la devoción más entrañable.

Descansó en el Señor, en plena juventud, rodeado de frailes en oración. Antes de entregar su espíritu, cuando le administraban la extremaunción, recitaba con vigor, como un fraile más de los allí presentes, las letanías y sufragios. Una vez terminado el oficio, dirigió una devota exhortación que arrancó abundantes lágrimas en los hermanos. ¿Quién será capaz de relatar el llanto que se produjo a su muerte, los sollozos y gemidos de las vírgenes y las viudas y los suspiros de los frailes y amigos?

El tiempo pasó pronto y llegó la cuaresma. El día 12 de febrero de 1220, fueron recibidos en la Orden Jordán y su amigo Enrique. Se habían cumplido escasamente dos meses desde la toma de hábito y los frailes de París le eligieron con otros tres representantes para asistir en Bolonia al primer capítulo general de la Orden. La importancia de ese primer capítulo

fue extraordinaria porque en él quedaron asentadas definitivamente las bases en las que se sustentaría la Orden. No sería una orden de monjes solitarios sino de frailes que se dedicarían a la predicación en el centro de las ciudades. Reducirían grandemente el canto en el coro y otras observancias regulares en beneficio de la predicación y del estudio. Las prerrogativas del abad pasaría a detentarlas la comunidad que elegiría cada poco a sus superiores. Todos los frailes y la comunidad entera serían corresponsables de una misión de predicación para la salvación de las almas.

En el año que debería haber sido su noviciado se le asignó a Jordán la tarea de enseñar a los hermanos las Sagradas Escrituras. Habló ese año sobre San Lucas. Se abrieron las lecciones también para los seglares y se llenaron sus clases con los alumnos provenientes de las facultades de Letras y Teología. Esta etapa, sin embargo, fue muy corta porque pronto fue llamado a ejercer



otras responsabilidades, pese a rondar los treinta años. El mismo nos lo cuenta: “El año 1221, en el segundo capítulo general celebrado en Bolonia, me impusieron el oficio de Prior provincial de Lombardía. Cuando llevaba un año en la Orden y las raíces no habían ahondado suficientemente, me pusieron a gobernar a otros siendo así que aún no había aprendido a hacerlo conmigo mismo”⁹.

Al ir de París a Bolonia para hacerse cargo de los frailes de la Lombardía tuvo que llevar consigo a un tal Fray Everardo, improvisado socio que no quería separarse de él aunque tuviera que cambiar de

⁹ *Orígenes de la Orden*, 52

provincia. Hicieron el camino por la ruta de Suiza. Everardo no pudo con la ruta; desfalleció de tal forma que murió agotado. Tuvo Jordán que continuar solo hasta Bolonia. No le agradaba mucho el oficio de gobernar pero no dudó ni un momento en aceptar la voluntad de Santo Domingo. Iba contento porque pensaba encontrarse y asesorarse en todo de él; desgraciadamente el fundador acababa de morir unos días antes. La parte buena fue que se encontró con el proyecto de fundación de un convento de monjas dominicas que se llamaría Santa Inés. Una joven, llamada Diana, era la que lo promovía. Como debían de actuar los dos al unísono en esa encomienda se entendieron hasta iniciar una profunda amistad que dio lugar a uno de los más bellos epistolarios religiosos que se conocen. Diana, falleció pronto, a los 36 años. Ambos están elevados a la gloria de los altares.

Domingo se fue al cielo el día 6 de agosto de 1221. El siguiente capítulo general estaba convocado para Pentecostés del año siguiente con lo que la Orden estuvo sin cabeza durante unos diez meses. Se buscaba un sucesor con cierta ansiedad pues todo en la Orden era tierno y recién brotado. No podía cundir el abatimiento. Pues bien, el tercer capítulo general, celebrado en París, eligió con voto unánime a Fray Jordán de Sajonia como maestro y superior de la Orden. El elegido asumió la máxima responsabilidad con ejemplar espíritu de servicio. Concluido el capítulo general permaneció en París durante varios meses. Tenía compromisos de predicación con jóvenes y profesores y no les quiso defraudar.

En ese mismo año de 1222 comenzó sus recorridos y visitas por toda la Orden. Su caminar era extenuante, como el de Domingo. Hacía lo mismo que él: oraba, rezaba, compartía. Cantaba también muy bien como el fundador y ejercitaba su voz por los caminos recitando salmos y muchas antífonas marianas. Solía apartarse algo de los compañeros itinerantes para enfrascarse solo en la oración con lo que bastantes veces se perdía. En una carta a Diana se definía a sí mismo como *peregrino de muy variados caminos*. Su labor fue extraordinariamente fecunda. Es voz común que a la muerte de Santo Domingo la Orden contaba con unas sesenta comunidades y unos 500 religiosos. Entre los años 1222 y 1237

bajo la dirección de Jordán, adquirió proporciones insospechadas llegando, en cifras aproximadas, a doscientas cincuenta comunidades con 4 000 religiosos. Lo mismo sucedió con las monjas contemplativas.

La expansión afectó a todas las regiones conocidas del orbe y se iban añadiendo nuevas provincias como la de Polonia, Dacia, Grecia y Tierra Santa. El temple misionero de San Jacinto de Polonia, de Sadoc, Ceslao y otros muchos, iba salpicando de conventos el Norte de Europa hasta el mismo corazón de Rusia y las tierras ocupadas por los bárbaros. La acción de los dominicos suscitó universidades por todos los rincones. Todas las dimensiones del carisma dominicano florecieron con exuberante frescor. Los mismos Papas estimulaban la acción de los predicadores y recomendaban con bulas la presencia de esos nuevos apóstoles.



Tampoco descuidó Jordán las bases legislativas de la Orden. La letra y el espíritu de los textos de 1221 y 1222 fueron el fundamento indiscutible, el código genético de la vida dominicana desde el principio. Desgraciadamente se conserva muy poco de ellos. Una de las prescripciones era que para que una proposición tuviera efecto de ley debía ser aprobada por tres capítulos generales seguidos. En 1228 el maestro Jordán convocó a los frailes a un capítulo generalísimo con anuencia de Roma. En ese capítulo se pudieron aprobar y establecer una serie de normas muy maduradas ya, sin necesidad de que fueran consideradas por otros dos capítulos más. Las leyes allí aprobadas las conocemos, por fortuna a través del llamado *Codex Rutenensis*, copia anónima del siglo XIII, procedente del convento de Rodez, y que han constituido desde entonces lo que hoy llamamos la Constitución o Constituciones de la Orden.

También el estudio fue una de las grandes preocupaciones de Fray Jordán. Santo Domingo puso el estudio serio de la doctrina sagrada como

una de las observancias que impregnara de disciplina la vida de sus frailes. De ese modo, además, los frailes podrían entablar un verdadero diálogo con la cultura y el saber de cada época que permitiera una evangelización y predicación doctrinal. El mismo Jordán es un paradigma en esto; no hay nada más que ver el latín tan elegante con el que escribe que anticipa de alguna manera el de los posteriores humanistas. En la época de Jordán ya se podía legislar así: **“No se funde convento alguno con menos de doce frailes, sin licencia del capítulo general, y sin dotarlo de prior y de doctor”**. En la mente está lo que en la realidad se llevó a cabo: que todos los conventos fueran en verdad *Escuelas conventuales*.

Tres líneas¹⁰ parecen destacarse en el conjunto de la programación que Jordán y los capítulos de su tiempo van sucesivamente elaborando para los frailes:

1ª Que todo joven que entre en la Orden asuma claramente su obligación del estudio.

2ª Que todo convento esté dotado de Doctor o Lector para iniciar a los novicios y profesos en Artes, Filosofía y Teología.

3ª Que las Universidades sean el ámbito de formación donde se preparen buen número de religiosos llamados a ejercer especiales misiones culturales y evangelizadoras.

Una de estas misiones especiales fue la Inquisición que se fundó por estos años y que la Iglesia encomendó a la Orden por su gran preparación intelectual. Mucho se ha hablado, escrito y criticado el tema de la Inquisición. Visto desde nuestra época se pueden decir cosas, pero lo cierto es que en los siglos en que se ejerció, prácticamente el cien por cien del pueblo estaba de acuerdo con ella. El hecho de que la ejerciera la Orden dice mucho a favor de los dominicos porque la encomienda no venía de sí misma sino de la Iglesia y del Papado.

¹⁰ Familia dominicana. *Nueve personajes históricos*. Editorial OPE, Burgos, 1983

El prestigio histórico que adquirió la Orden en el siglo XIII responde con creces al sacrificio que se impusieron maestros y discípulos en una época en que la inmensa mayoría de la población era analfabeta. Alguien ha dicho que la Orden fue el ministerio de educación de toda Europa durante siglos. La Universidad fue la máxima aspiración de la Orden en beneficio de la cultura europea. En enero de 1230 encontramos a Jordán en Oxford dando el hábito a numerosos universitarios. París, Bolonia, Colonia, Oxford y Salamanca fueron los más importantes puntos de apoyo de evangelización doctrinal y cultural de la Orden.

Fray Jordán nunca fue viejo. Murió antes de cumplir cincuenta años. Sin embargo como su maestro Santo Domingo los caminos de la vida le agotaron. Se entregó demasiado, se entregó del todo, su cuerpo se fue arruinando. Aunque estaba acosado de frecuentes dolores y muy decaído de fuerzas no desistía en su empeño de hacer comunidad y vivir cerca de los religiosos. Todo lo compartía. En sus últimos años perdió un ojo de repente por alguna embolia o cosa semejante y se lo contó a los frailes reunidos en capítulo. Según la Vida de los Hermanos 21 se lo contó de la siguiente manera:

Como por el progreso de una grave enfermedad perdiera por completo la visión de un ojo, convocando a los frailes a capítulo les dijo: "Hermanos, dad gracias a Dios porque he perdido ya un enemigo. Pero rogad asimismo al Señor para que el otro, si a Él le place y a mí me conviene, se digne conservármelo".

Pese a su mal estado de salud sintió el deber de hacer una visita a los hermanos de la Provincia de Tierra Santa. En una nave muy frágil y en un viaje feliz logró arribar a las costas de Palestina. Efectuó la visita a las comunidades sin mayores contratiempos y hasta las enfermedades parecía que habían remitido. La felicidad, sin embargo, se convirtió en tragedia en el viaje de vuelta. El navío, acometido por una gran tempestad chocó contra unas rocas en las costas de Siria y, frente a Ptolemais, fue engullido por las olas con la mayoría de sus pasajeros. Jordán pereció, igual que sus dos compañeros de viaje. Era el día 13 de febrero de 1237.

Los religiosos de Ptolemais recogieron sus restos gloriosos. La Iglesia ha reconocido su culto y lo ha elevado al honor de los altares. El beato Jordán de Sajonia fue un magnífico ejemplo de fraile predicador: santo, sabio, austero, suave, prudente, apóstol.

Madrid, febrero de 2012

Chus Villarroel O.P.